

091. Éfeso

La fundación, desarrollo y expansión de la Iglesia de Éfeso constituye uno de los hechos más apasionantes de Pablo en los Hechos de los Apóstoles (Hechos 19)

Éfeso era una ciudad del Asia Menor, en el litoral del Mediterráneo, frente a Grecia, con puerto importante, y centro de muchas ciudades que convergían a ella, como esas de que nos habla el Apocalipsis: Pérgamo, Esmirna y demás. Pablo se ancla ahora en ella, y en tres años de duro apostolado se va a expandir el Evangelio de manera admirable.

Nada más llegado, se encuentra con aquel grupo, al que pregunta: *-¿Han recibido ya, al creer, al Espíritu Santo?... Y los doce interrogados: -¿Y qué es eso del Espíritu Santo? Ni tan siquiera hemos oído que exista un Espíritu Santo -¿Cómo? Entonces, ¿qué bautismo han recibido? -El de Juan Bautista...* Pablo entiende. Les explica cómo el bautismo del Jordán no era más que una preparación del que iba a venir después.

Les anuncia el Evangelio de Jesús, creen, se bautizan, y el Espíritu Santo baja clamorosamente sobre ellos con carismas ruidosos, como el don de lenguas, con el que empiezan a alabar a Dios. Era el inicio de la Iglesia de Dios en Éfeso.

Pablo, como siempre, se dirige a la sinagoga judía. Pero al cabo de tres meses, ante la indiferencia y vacío de los judíos, alquila para cada día durante unas horas los locales de la escuela de un tal Tirano, establece en ella su centro de evangelización, y al cabo de poco tiempo toda la ciudad y comarca estaban llenos del nombre de Jesús.

Dios autoriza a Pablo con el don de milagros, y milagros extraordinarios. Les bastaba a muchos llevarse pañuelos o cintas tocadas al cuerpo de Pablo, para que después se curaran todos los enfermos con sólo su contacto.

Los demonios salían furibundos de los posesos. Y a base de esto, se dio un hecho que al final resultó cómico de verdad. Unos exorcistas itinerantes, hijos de un sacerdote judío, se enfrentan con un endemoniado:

- Te conjuro en nombre de Jesús a quien Pablo predica...

Pero el demonio esta vez no se hizo esperar más, y responde burlón:

- Conozco a Jesús, y sé quién es Pablo. Pero vosotros, ¿quiénes sois?...

Y, pasando de las palabras a las obras, arremete contra ellos, los zarandea, les quita la ropa, y han de escaparse desnudos con toda vergüenza y mal heridos...

Hasta dónde llegaba el efecto de la predicación de Pablo, lo demuestra la acción de los magos. La voz corre por toda la ciudad: *-¡Miren lo que están haciendo los hechiceros y los adivinos!...* La gente no se lo podía creer. Pero allí venían cargados con sus libros y pergaminos. Hacen una hoguera, y, delante de todos, los van echando para alimentar las llamas. Queman una cantidad enorme de esos escritos, de manera que su valor se calculó en la suma, también enorme, de cincuenta mil monedas de plata.

Pero el hecho que se hizo más famoso, y que aconsejó a Pablo el retirarse, fue el de la imponente manifestación por la diosa Artemisa. La ciudad tenía como su diosa protectora a Artemisa, y los fabricantes de estatuas de la diosa se hacían riquísimos con sus ventas. Las estatuas eran de terracota, de madera, de metal. Pero un tal Demetrio fabricaba templos de Artemisa en plata, y viendo que el negocio iba cayendo, armó un día un tumulto ensordecedor. Reúne a sus muchos artesanos, y les habla con astucia:

- *Ese Pablo, al decir que Artemisa no es una diosa, nos está echando a perder el negocio. Además, corre el peligro de que desaparezca el culto de Artemisa, nuestra querida diosa, venerada por toda la provincia del Asia y por el mundo entero.*

Los obreros se enfurecen, y empiezan a gritar: *-¡Grande es Artemisa, la diosa de Éfeso!....* Se esparcen los gritos, y, al cabo de poco rato, la ciudad entera estaba en las calles, gritando sin saber por qué ni por quién: *-¡Grande es Artemisa de Éfeso!...*

La multitud se dirige hacia el anfiteatro, y durante dos horas sigue vociferando frenética: *-¡Grande es Artemisa de Éfeso!...* Pablo, el gran acusado, quiso presentarse ante aquel gentío —soñando quizá en dar como nunca un gran testimonio del Señor Jesús—, pero le disuadieron los amigos, porque se lo hubieran linchado...

Disuelto el tumulto, Pablo llama a los compañeros, los anima, les felicita, y él marcha hacia Macedonia para visitar las Iglesias de Corinto y las otras que había fundado allí.

¡Qué tres años tan formidables los de Pablo en Éfeso! Al principio de ellos, les había escrito a los de Corinto:

- Aquí en Asia se me abre una puerta grande en verdad.

Y no se equivocó. El Espíritu Santo que descendía tan llamativamente sobre aquellos doce primeros bautizados, se iba a derramar después sobre innumerables creyentes.

Pablo, autorizado por Dios con tantos milagros.

Los demonios, saliendo de los posesos como en Palestina cuando Jesús.

Los magos, hechiceros y adivinos, que abandonan sus artes, queman sus libros perniciosos, y renuncian a ganar un dinero que les venía tan fácil con sus mentiras.

La diosa Artemisa, que ve cómo se tambalean sus templos y altares.

Y todas las ciudades del Asia proconsular que se llenaban del Evangelio, de modo que Jesús empezaba a ser conocido en todas partes...

Es la gran lección para nuestra Iglesia de hoy. Tenemos enfrente un mundo que se materializa y se paganiza cada vez más. Pero, ¿hay derecho a desanimarse? No. Los evangelizadores de Jesús cuentan con una fuerza muy superior a la del mundo. No se impondrá el Evangelio clamorosamente; pero callandito, callandito, es el que al fin se hace con la victoria.